

Novena
al Corazón
de María

AÑO 2023



Corazón de María y vida en sinodalidad

Introducción

El tema de la novena al Corazón de María del año pasado estuvo centrado en “la confesión de Dios”, que es el primer aspecto cordimariano resaltado en la declaración capitular “Querida Congregación”; por eso, nos dedicamos a meditar y orar con el himno del Magnificat. Este año, interrumpimos la profundización en la secuencia de aquellos rasgos para dedicarnos a contemplar al Corazón de María como inspiración en el camino sinodal que estamos recorriendo como Pueblo de Dios.

Esta novena gira en torno a las tres dimensiones que aparecen en el tema del XVI Sínodo de los Obispos: “Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión”. En esta hora de sinodalidad hemos sido convocados para “caminar juntos”, para “hacer con otros”, y encontrarnos con el deseo profundo de contribuir a la renovación de la Iglesia. Este nuevo tiempo eclesial y esta novena en memoria del Corazón de María, nos ofrecen otra oportunidad para seguir abriendo y haciendo caminos. Desde la vocación recibida queremos continuar respondiendo en comunión a los desafíos del momento que nos ha tocado vivir.

El esquema de la novena cuenta con cuatro partes. En la parte introductoria encontramos una monición, un canto (cada comunidad puede elegir el más conveniente), un saludo y la oración de inicio. La segunda se centra en la proclamación de un texto bíblico, seguido de un breve momento de silencio contemplativo. La tercera, titulada “Meditamos con María”, ofrece algunas breves reflexiones sobre el tema de la novena y textos complementarios (ya sea de los escritos del P. Claret o de otros autores), que pueden iluminar lo reflexionado. En la última parte, encontrarán las preces, el Padre nuestro, la oración conclusiva, la bendición y el canto final. Cada comunidad puede usar este material como mejor le convenga tratando de acomodarlo a sus necesidades.



Día primero

UNA COMUNIDAD UNIDA POR VIRTUD Y A IMAGEN DE LA TRINIDAD

1. Monición de entrada

María vive la comunión con Dios. Se la llama “icono de la Trinidad” porque en su corazón se reflejan las relaciones de amor del corazón de Dios. Y María vive la comunión de los santos: es la mujer del corazón nuevo, un corazón para la comunión. Decía Orígenes: “donde hay pecado, nos disociamos en multitud, aparecen divisiones, cismas, herejías y discusiones y donde se encuentra la virtud por obra del Espíritu, hay unión”. María es inocente y totalmente santa. Como en ella habita el Espíritu, constructor admirable de la unidad, ella fomenta la unidad y se la puede llamar “madre de la unidad”. Sintámonos especialmente unidos a Ella, cuyo amor y unión queremos expresar durante estos días.

Himno.

Saludo litúrgico.

Oración: Oh, Dios, que eres nuestro Padre y nuestra Madre, al prepararnos para celebrar la fiesta del Corazón Inmaculado de María, nos llamas a trabajar tu ejemplo de unidad en la indivisa Trinidad. Como María acompañó a los apóstoles en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo y alcanzar la unidad de mente y corazón, haz que también nosotros respondamos constantemente a tu llamada para reconocer la presencia de tu Hijo Jesús en cada uno de nosotros y así permanecer y permanecer siempre unidos, de modo que seamos sus testigos en nuestro entorno. Por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén..

2. Escuchamos la Palabra de Dios

“Una vez que comían juntos, les ordenó que no se alejaran de Jerusalén, sino «aguardad que se cumpla la promesa del Padre, de la que me habéis oído hablar, porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de no muchos días».

Entonces se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. Cuando llegaron, subieron a la estancia superior, donde se alojaban: Pedro y Juan y Santiago y

Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hch 1, 4-5.12-14).

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María

Para la comunidad cristiana, la experiencia de Pentecostés es tanto trinitaria como mariana. Es trinitaria por el envío del Espíritu Santo, prometido por el Padre, y por la guía de Jesús. Es mariana porque María está presente y acompaña a los apóstoles y discípulos. La espera del envío del Espíritu Santo por el Padre fue un acto comunitario gracias a la oración (cf. Hch 1,14) y al estudio conjunto de las Escrituras (cf. Hch 1,15-22). Esto demuestra la importancia de la unidad y decisión espiritual en el cumplimiento de la vocación misionera de la Iglesia, tal como Jesús la profetizó. La oración de Jesús al Padre por la unidad de sus discípulos (Jn 17, 21) la realiza el Espíritu Santo, que reúne a todas las personas en una sola comunidad, como ocurrió cuando san Pedro predicó a personas de diferentes culturas y naciones el día de Pentecostés. Como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo forman una unidad, nosotros estamos llamados a construir nuestras comunidades en la unidad y a dar testimonio de ella permaneciendo uno en Cristo sin distinción alguna entre nosotros (cf. Gál 3,28).



Esta llamada a la unidad a imagen de la Trinidad nos recuerda las divisiones entre nosotros basadas en diferencias sociales, religiosas, geográficas, económicas. El orgullo es el primer factor en la génesis de estas divisiones. Los diferentes dones del Espíritu Santo nos desafían a luchar contra nuestras tendencias egoístas a ensanchar la brecha entre nosotros. Nuestras diferencias son positivas cuando se utilizan como compromisos complementarios para construir nuestras comunidades.

El acompañamiento de María a los apóstoles y discípulos es otro medio para fortalecer nuestros vínculos fraternos. Ella preparó con su ejemplo a los miembros del Cenáculo. Mientras se disponían para acoger al Espíritu Santo en sus vidas, María se convirtió en su modelo de oración y de escucha de la Palabra. San Lucas describe en su evangelio a María como una persona que vivía desde el corazón, atesorando y meditando las acciones de Dios (cf. Lc 2, 19.51).

Esto quiere decir que ella no olvidaba las “grandes cosas” que Dios hacía en su vida; al contrario, las recordaba y rumiaba. Así, a la comunidad alojada en la sala superior la enseñó a acoger la Palabra de Dios desde el corazón y a llenarlo de sus resonancias. El resultado se ve en la predicación de san Pedro antes y después de la venida del Espíritu Santo. Rebosaban pruebas sobre el cumplimiento de las promesas de Dios en Jesucristo. Hoy nos urge la necesidad de ser apasionados oyentes de la Palabra. Esto significa que debemos tener la Palabra de Dios en el corazón, de modo que este no exista sino para la Palabra de Dios.

Esta fue la experiencia de nuestros primeros misioneros en Vic, de la que fue testigo un sacerdote dominico del convento vicense de Santo Domingo cuando partían para el ministerio de la Palabra. Parecía que estaban saliendo del cenáculo llenos de ardor por la Palabra de Dios. Era una comunidad plasmada según el modelo de la Santísima Trinidad.

4. Textos complementarios

“¡Oh María, madre y esperanza mía, consuelo de mi alma y objeto de mi amor! Acordaos de las muchas gracias que os he pedido, y todas me las habéis concedido. ¿Cabalmente ahora hallaré agotado ese manantial perenne? No, no se ha oído ni se oirá jamás que ningún devoto vuestro haya sido reprochado de Vos. Ya veis, Señora, que todo esto que os pido se dirige a la mayor gloria de Dios y vuestra y al bien de las almas; por esto lo espero alcanzar y lo alcanzaré, y, para que os mováis a concedérmelo más pronto, no alegaré méritos míos, porque no tengo sino deméritos; os diré, sí, que como a Hija que sois del Eterno Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, es muy conforme que celéis el honor de la Santísima

Trinidad, de la que es viva imagen el alma del hombre, y además esa misma imagen es bañada con la sangre de Dios humanado” (Aut 162).

5. Rezamos juntos

Te ofrecemos nuestras oraciones, Dios Padre nuestro, por intercesión de María, nuestra Madre, modelo de unidad según la Trinidad para nuestras comunidades:

Con confianza y seguridad en tu amor, te rogamos, Señor.

- *Llénanos de celo para responder al amor del Padre...*
- *Llévanos a amarnos unos a otros como Jesús nos ama...*
- *Haznos generosos viviendo los dones del Espíritu Santo...*
- *Guíanos en el empeño por la unidad en nuestras comunidades y en la Iglesia...*
- *Danos un corazón que rumia tus palabras vivificantes...*

Oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración final

Oh, Dios, Padre nuestro, te agradecemos de todo corazón el don de nuestra vida comunitaria. A través de los diferentes dones del Espíritu Santo nos invitas a construir nuestras comunidades complementándonos en nuestras necesidades. Como María acompañó maternalmente a la comunidad de los Apóstoles y discípulos, haz que escuchemos sus consejos de madre para rumiar tus palabras dadoras de vida y que nos convirtamos para comprometernos por la unidad entre nosotros. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén

Bendición final

Un himno mariano apropiado



1. Monición de entrada

Somos Iglesia, no un agregado o colección de individuos. Si tenemos a Dios por Padre, es imposible no tener a la Iglesia por madre; si pertenecemos al Señor, es imposible no ser miembros de su cuerpo eclesial; si somos templo del Espíritu, es imposible no formar parte de la criatura del Espíritu que es la Iglesia. Tenemos un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre. Compartimos historia, vida, una forma de mirar al mundo y de habitarlo, una esperanza para el tiempo y para más allá del tiempo, gozos, tristezas y cuidados. Caminamos juntos hacia esa plenitud que llamamos Reino de Dios.

María pertenece al pueblo de Israel y no se desgaja de él; se siente heredera de la historia y la tradición del pueblo y participa en sus esperanzas. Ella formaba parte de la asamblea de YHWH, pero estaba alejada del espíritu sectario que se veía entre los “pobres” de Qumrán. La vemos integrada en la comunidad cristiana primitiva; y la reconocemos como miembro, tipo, ejemplo y madre de la Iglesia: tiene un alma eclesial. No tiene ese corazón altivo que siente orgullo de la propia justicia y da gracias a Dios por no ser como el resto de los hombres (cf. Lc 18,11). María se sabe la humilde esclava en la que Dios ha puesto su mirada que hermosea.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración

Dios misericordioso, Padre nuestro, al reunirnos para meditar sobre nuestra vocación de miembros de la Iglesia, te damos gracias por tu llamada a que formemos parte de este sacramento de salvación. Por medio de él nos llamas a nacer de nuevo del agua y del Espíritu y a adorarte en espíritu y verdad. Tú fortaleces nuestra vida fraterna en medio de las diferencias y las dificultades. Derrama sobre nosotros tu Espíritu para que seamos una comunidad centrada en la Palabra de Dios y en la Eucaristía y capaz de salir y dar testimonio de tu amor compasivo. Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

“Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un

mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Pues el cuerpo no lo forma un solo miembro, sino muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿dónde estaría el oído?; si fuera todo oído, ¿dónde estaría el olfato? Pues bien, Dios distribuyó cada uno de los miembros en el cuerpo como quiso. Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Sin embargo, aunque es cierto que los miembros son muchos, el cuerpo es uno solo. (1 Cor 12, 12-20).

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María

Estamos llamados a ser Iglesia por nuestro nuevo nacimiento del agua y del Espíritu y así pasamos por la experiencia de morir al pecado y ser sepultados con Cristo para resucitar con él. Así se nos recuerda que somos nuevas criaturas en Cristo. ¿Cómo vivimos esta experiencia en nuestra vida cotidiana?

Como Iglesia que somos, estamos llamados a adorar al Padre en Espíritu y verdad, trascendiendo los apegos a rituales y rúbricas. Como la primera comunidad cristiana se reunía cada día para partir el pan y escuchar la Palabra de Dios, hoy estamos llamados a examinar nuestro culto a Dios en Espíritu y verdad a través de la Eucaristía y la Palabra de Dios.



Nuestro compromiso de ser Iglesia nos llama a participar constantemente en la Misión de Dios. A cada uno se nos invita a construir la Iglesia desde los dones recibidos del Espíritu Santo; así respondemos a la Misión de Dios. No se trata de multiplicar las instituciones de nuestros ministerios, sino de volver carismáticas las instituciones desde la misión de Dios. ¿Cómo equilibramos nuestras actitudes institucionales y las actitudes evangélicas?

Nuestro compromiso de ser Iglesia nos lleva a ir más allá de las actitudes mundanas y a revestirnos de Cristo. La tentación de dejarnos seducir por este mundo y sus pasiones ciega nuestra visión de ser los testigos de la Palabra. Nuestro apego a este mundo va en contra de nuestra llamada a ser Iglesia. María, nuestra Madre, fue una peregrina que trascendió las actitudes mundanas y descubrió a Dios, que siempre está con los pobres y marginados. Nuestra llamada a ser Iglesia es una gracia para fijar nuestros ojos en el Reino de Dios alejándonos de nuestros apegos y actitudes mundanas.

4. Textos complementarios

El futuro de la Iglesia.

“La Iglesia del mañana será pequeña, y en gran medida tendrá que comenzar desde el principio. Ya no podrá llenar muchos edificios construidos en tiempos de esplendor. Junto con el número de fieles perderá muchos de sus privilegios en la sociedad. Se presentará sobre todo como una comunidad a la cual se ingresa sólo por una decisión voluntaria. Como comunidad pequeña exigirá mucho más la iniciativa de sus miembros. Seguramente adoptará nuevas formas en su ministerio y ordenará sacerdotes a cristianos probados profesionalmente...Será una Iglesia de una espiritualidad más profunda...Peo de esa Iglesia más espiritual y sencilla brotará una gran fuerza. Porque los hombres de un mundo completamente planificado padecerán de una soledad indecible. Cuando Dios desaparezca de sus vidas experimentarán su total y terrible pobreza. Así pues descubrirán la pequeña comunidad de creyentes como algo completamente nuevo, como una esperanza, como una respuesta que en lo oculto siempre estaban buscando” (Prof. Joseph Ratzinger,1969)

5. Rezamos juntos

Apoyados en la intercesión del Corazón de María, madre y discípula en el Pueblo de Dios, presentemos al Señor nuestra necesidad de ser Iglesia:

Con confianza y seguridad en tu amor, te rogamos, Señor.

- Concede buena salud y sabiduría a nuestro Santo Padre el Papa Francisco...
- Lleva a nuestros obispos y sacerdotes a comprometerse con su llamada a ser Iglesia...
- Fortalece a nuestros laicos en sus luchas de la vida diaria para que sean tus testigos en este mundo...
- Ayuda a todas las familias a crecer en su compromiso de ser Iglesia en sus situaciones familiares....

Oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración: Dios, Padre amoroso, abre nuestros corazones y nuestras mentes para que seamos conscientes de tu llamada a estar unidos como una sola Iglesia. Ayúdanos a reconocer en cada hermano la presencia de tu Hijo para cumplir su llamada a vivir y trabajar por tu Reino en la tierra. Formados en la Fragua del Corazón de María, ayúdanos a tener un corazón cariñoso, atento y místico para amarnos con ternura, prestarnos atención con esmero y solicitud y permanecer siempre unidos a ti. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén

Bendición final.

Un himno mariano apropiado.



Día tercero

SOMOS PERSONAS EN MARCHA CAMINANDO JUNTOS

1. Monición de entrada

No somos una comunidad acomodada en este mundo y amoldada a él, ni un grupo errático, sin adonde ni rumbo. Como pueblo en marcha, somos compañeros de camino. Vamos hacia Dios. Él es nuestro adonde y el adonde de toda la creación.

María practica el «caminar juntos»: cada año va en la caravana que sube a Jerusalén a celebrar la gran fiesta de Pascua y a la vuelta se incorpora a la comitiva que regresa a Nazaret (cf. Lc 2,41-44); después de que Jesús realizara el signo inaugural de su ministerio en Caná, la madre baja con él, con sus hermanos y con sus discípulos a Cafarnaún (cf. Jn 2,12). Y María practica el «estar juntos»: la encontramos en la estancia superior junto con los discípulos, con algunas mujeres y con los hermanos de Jesús. Ese corazón que se acompasa a la marcha del grupo caminante y que participa en los ritmos de la vida doméstica es maestro en el arte de convivir.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Oh, Dios, que eres nuestro Padre y nuestra Madre, te damos gracias por llamarnos a caminar contigo y con nuestros hermanos y hermanas. Desde que llamaste a tu pueblo y le confiaste tu misión, comenzaste a caminar con él, fortaleciéndolo y guiándolo. Así como hiciste que los hebreos vieran tus maravillas y tu providencia en tu caminar con ellos, nos llenas a nosotros de tus agradables sorpresas. Así como tu palabra que los guiaba, nos enseñas a nosotros a descubrir tu voluntad y a obedecerla. Aumenta en nosotros la fe para creer que nos acompañas siempre y que nunca estamos solos. Abre nuestros ojos para reconocerte en nuestras comunidades mientras compartimos tu Palabra y tu Eucaristía. Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

“Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres

tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros». (Lc 24, 13-33).

Silencio meditativo.



3. Meditamos con María

La Iglesia sinodal nos recuerda siempre que no estamos solos. Nos acompañan Jesús y sus discípulos. Por eso decimos que la salvación cristiana es siempre comunitaria. Todos han de salvarse. La Iglesia en marcha nos recuerda constantemente que debemos reconocer este acompañamiento y aumentar nuestra fe en la presencia invisible de nuestro Señor. Al principio parece que damos por supuesta esta presencia misteriosa, pero después nos asombramos de esta realidad manifestada a través de personas, acontecimientos y realizaciones. Los que buscan a Jesús acaban diciendo que es Él quien nos precede en la búsqueda. Este misterioso caminar de Dios con nosotros nos mueve a agradecer el don de la fe para fortalecernos en los momentos de oscuridad.

Este caminar juntos nos lleva a un encuentro. Abraham se encontró con Dios y vio que se le cumplía la promesa divina. Las experiencias de éxodo y del exilio del pueblo de Israel muestran cómo su encuentro con Dios los condujo a la libertad y a la madurez espiritual. El itinerario de María al encuentro de Isabel nos ha traído su Magnificat, que muestra la acción liberadora de Dios. Su regreso a Jerusalén con san José reveló que su hijo estaba totalmente involucrado en los asuntos de su Padre. Esto nos lleva a examinar si vivimos nuestro camino con Dios como un encuentro, en una experiencia entre un Yo y un Tú.

Nuestro caminar con Dios nos lleva a escucharle atentamente. Dios nos habla cada día. María, en el banquete de bodas, se sintió movida a escuchar la necesidad de vino y a dar alegría a todos los allí reunidos. Los discípulos de Emaús, al escuchar a Jesús, experimentaron que sus palabras convincentes les caldeaban el corazón. La mera presencia y las expresiones de las personas nos obligan a leer su pensamiento y a escucharlas. Así, la llamada sinodal a escucharnos unos a otros en nuestro caminar juntos nos lleva a preguntarnos por nuestro deseo de pasar tiempo con la gente para escucharla pacientemente y discernir sus necesidades y nuestra respuesta

4. Textos complementarios

“Otro de los medios que hace mucho bien es el tener conversaciones familiares. ¡Oh, qué bien tan grande producen! Entre los primeros Padres de la Compañía había un hermano lego que iba a la compra todos los días, y era tan feliz en las conversaciones con las gentes que había de tratar, que había convertido más almas que ningún misionero. Esto lo había leído yo cuando era aún estudiante, y me gustó tanto, que siempre que podía lo ponía por obra, según las circunstancias que se presentaban” (Aut 334).

“Cuando iba de viaje, con las gentes que se juntaban conmigo les hablaba según la oportunidad que se presentaba. Si veía flores, les llamaba la atención y les decía que, así como las plantas producían flores tan hermosas y olorosas, nosotros habíamos

de producir virtudes; v. g., la rosa nos enseña la caridad, la azucena la pureza, la violeta la humildad, y así de las demás. Hemos de ser, como dice el Apóstol, *bonus odor sumus Christi Dei in omni loco*. Al ver algún árbol con fruta, les hablaba [de] cómo nosotros hemos de dar fruto de buenas obras, o si no, seríamos como aquellas dos higueras de que nos habla el Evangelio. Al pasar cerca de un río, les hablaba [de] cómo el agua nos enseña que nosotros hemos de pensar que andamos a la eternidad. Al oír el canto de los pájaros, de una música, etc., les hablaba del cántico eterno y nuevo del cielo; y así de lo demás. Con estas conversaciones familiares había observado que se hacía muchísimo bien, porque les pasaba lo que a aquellos dos que iban a Emaús; y además se evitan conversaciones inútiles y quizás murmuraciones” (Aut 336).

5. Rezamos juntos

Apoyados en la intercesión del Corazón de María, madre y discípula en el Pueblo de Dios, presentemos al Señor nuestra necesidad de ser Iglesia:

Con confianza y seguridad en tu amor, te rogamos, Señor.

- Bendice con buena salud, alegría y paz a cuantos nos acompañan en todas nuestras iniciativas...
- Danos la generosidad de pasar tiempo con las personas que comparten su vida con nosotros, de hacer de nuestro encuentro un lugar de confianza y respeto mutuos...
- Concédenos la sabiduría de percibir las luchas interiores de nuestros hermanos y de ayudarlos a superarlas...
- Aumenta en nosotros la fe de que caminas siempre con y nuestro compromiso generoso por la causa del Reino...
- Haz que nuestras conversaciones sean fructíferas y abran paso a la deliberación y el discernimiento...

Oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración final

Padre amoroso, te damos gracias por hacernos conscientes de tu camino con nosotros. Creemos que caminas con nosotros, tus hijos, tomándonos de la mano para ir por el buen camino. Escuchas nuestros gemidos y anhelos y vienes siempre en nuestra ayuda. Al sabernos escuchados por ti, haz que nos escuchemos unos a otros y que nuestra búsqueda de la verdad sea profunda y comprometida. Como María, nuestra Madre, acompañó a los apóstoles, ayúdanos a dejarnos acompañar por ella. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Bendición final.

Un himno mariano apropiado.

1. Monición de entrada

La Iglesia no es una sala de teatro donde unos son actores y otros espectadores. Todos somos corresponsables: el presente y el futuro de la fe, de la vida eclesial y de la misión conciernen a todos. No somos una masa amorfa; la Iglesia tiene una estructura: en ella hay ministerios y carismas diferentes. En la Iglesia hay que escuchar a todos, en particular a pobres y excluidos. La vida de la Iglesia requiere una participación coral.

María pertenece a los pobres de YHWH. Confían totalmente en Dios, pero no son sujetos pasivos y apáticos. Ella vivió su pertenencia al Pueblo de la Alianza desde su propia identidad y vocación personales. Dios no tuvo que arrancarle con fórceps el sí a la encarnación. Ni marchó ella desganada y como llevada a rastras hacia la montaña de Judea: «La gracia del Espíritu Santo ignora la lentitud en el esfuerzo» (san Ambrosio), es una gracia que lleva en volandas. Con su viaje y su magnificat cumplió la consigna de san Agustín: «Canta y camina». Es la consigna del pueblo de Dios como pueblo sinodal: «Camina, pueblo de Dios».

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Oh, Dios, que eres nuestro Padre y nuestra Madre, te damos gracias por tus dones derramados sobre los miembros de nuestra comunidad. Cada don es una manifestación de tu amor. Una gran variedad de dones enriquece nuestras comunidades haciéndolas bellas y dichosas. Derramas sobre nosotros tus dones y nos invitas a desempeñar los ministerios que brotan de ellos. Nos llamas a compartir los dones y a trabajar por la unidad en la Iglesia. Danos tu gracia para descubrir tus dones y desarrollarlos en nuestra vida, así pasaremos de nuestro egoísmo a una vida orientada a la comunidad. Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén..

2. Escuchamos la Palabra de Dios

“Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común. Y así uno recibe del Espíritu el hablar con sabiduría; otro, el hablar con inteligencia, según el mismo Espíritu. Hay quien, por el mismo Espíritu, recibe

el don de la fe; y otro, por el mismo Espíritu, don de curar. A este se le ha concedido hacer milagros; a aquel, profetizar. A otro, distinguir los buenos y malos espíritus. A uno, la diversidad de lenguas; a otro, el don de interpretarlas. El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como él quiere". (1 Cor 12, 4-11)

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María

Somos una comunidad construida sobre los carismas recibidos del Espíritu Santo. Los vivimos en nuestra vida cotidiana. Por eso nuestras comunidades deben ser vibrantes y comprometidas. Vivimos de nuestros carismas. Como dones diversos conjuntados al servicio de la causa común, nuestras comunidades están llamadas a ser carismáticamente ricas e interpersonalmente bellas. Comenzando por nuestra vocación, descubrimos una variedad de dones, como los consejos evangélicos, la vida comunitaria y los compromisos pastorales. Todos ellos ponen de manifiesto cómo los ejercitamos, o bien cómo algunos no se descubren y otros no se emplean por diferentes motivos. Es bueno preguntarnos si vivimos de nuestros carismas o no.

La práctica de los dones del Espíritu Santo tiene lugar en nuestras comunidades y ministerios. El Espíritu Santo otorga sus dones como quiere; esto no depende de nuestro esfuerzo. Por eso son puros dones de su generosidad y bondad. Esta generosidad nos obliga a ser generosos al vivirlos con nuestros hermanos y hermanas. Cuanto más ejercitemos los dones del Espíritu Santo, más se desarrollarán. Un carisma nos llevará a descubrir muchos carismas. Nuestra vida comunitaria es gozosa cuando nos implicamos



en sus dinamismos desde nuestros dones carismáticos, que se erigen siempre como fuente de nuestra fuerza para resistir los desafíos. Vivir la vida de consagración desde los dones carismáticos nos llama a examinar la fuente de nuestra alegría en nuestra vida misionera.

María estaba llena del poder del Espíritu Santo y por eso estaba “llena de gracia”. Su maternidad divina, su vida de sierva del Señor, su entrega incondicional a la voluntad de Dios, su discipulado a la escucha de la Palabra, su disponibilidad para con las personas necesitadas (Lc 1,39-56; Jn2,1-12), su fuerte esperanza en su Dios (Lc 1,49-55), la meditación mística de la presencia de Dios en su corazón (Lc 2,19.51) y la animación de la comunidad de los apóstoles para recibir el Espíritu Santo son los dones que ella vivía en su vida. Ella nos invita a construir nuestras comunidades como testigos de nuestros dones de Dios.

El Padre Claret es nuestro modelo de discernimiento y descubrimiento de nuestros dones. Su vocación al servicio de la Palabra a partir de sus situaciones vitales particulares. Su espíritu de discernimiento modeló su carisma evangelizador y lo forjó como luchador contra los males de la sociedad. La lectura orante de la Palabra de Dios lo capacitó para escuchar la voz de su Maestro al servicio de la misión.

El don de curación que vivió es una prueba de su docilidad al Espíritu de Dios. Su observación de la sociedad y el efecto de sus escritos le hicieron darse cuenta de que tenía el don de enseñar. Su asiduidad en sentarse a los pies del Señor para preparar sus sermones y sus arraigados hábitos de lectura le llevaron a convencerse de su don para la predicación misionera. Diferentes empeños en predicar la Palabra de Dios le llevaron a descubrir su carisma de Fundador. Su preocupación y solidaridad por los marginados sociales pone de relieve una vida rebosante de la fuerza vivificadora de los dones de Dios. De esta manera el Padre Claret nos sirve de ejemplo para mantener vivo nuestro espíritu evangelizador con diferentes dones recibidos del Espíritu Santo derramado en nuestros corazones.

4. Textos complementarios.

“Los dones del Espíritu más que hacernos mejores que los demás, encargan que sirvamos a nuestros hermanos y hermanas. Un carisma es más que un talento o una cualidad personal. Es una gracia, un don que Dios da por medio del Espíritu Santo: no porque alguien sea mejor que otros, sino, más bien, para que lo ponga al servicio de los demás con la misma gratitud y amor con que lo ha recibido. [...] Los múltiples dones del Espíritu Santo vivifican y enriquecen el Cuerpo de Cristo” [...].

La diversidad de estos dones “nos invita a compartirlos generosamente por el bien de todos y a no dejar nunca que se conviertan en fuente de división”. “Los diversos carismas y dones con los que el Padre colma a la Iglesia han de crecer en armonía, en la fe y en su amor, como un solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo, donde cada uno

necesitamos del otro y donde todo don recibido se verifica plenamente cuando se comparte con nuestros hermanos. Es así como resplandece la belleza sobrenatural y la fuerza de la fe, para que, juntos, podamos entrar en el corazón del Evangelio y seguir a Jesús”.

Interrogando a los presentes, animó a cada uno a preguntarse: “¿Qué carisma me ha dado el Señor? ¿Cómo vivo este carisma? ¿Lo asumo con generosidad, poniéndolo al servicio de todos? ¿O tal vez lo he descuidado u olvidado?”. “Pidamos al Señor que nos ayude a reconocer con gratitud esta gran efusión de dones espirituales, que permite a la Iglesia perseverar en la fe, crecer en la gracia y ser signo y testimonio cada vez más creíble del amor infinito de Dios”, dijo. El Papa Francisco concluyó su discurso animando a todos a “considerar los dones especiales que ha recibido y cómo elegimos usar esos dones para avanzar en la unidad, la vida y la misión de la Iglesia en el mundo” (Audiencias Generales en torno a los dones del Espíritu, Plaza de San Pedro, del 9 de abril al 11 de junio de 2014, en CNA/EWTN NEWS Noticias 1 de octubre de 2014). .

5. Rezamos juntos

Oh Dios, Padre nuestro, te ofrecemos nuestras oraciones por intercesión de María, llena de gracia y de dones del Espíritu Santo

Con confianza y seguridad en tu amor, te rogamos, Señor.

- Haz que te agradezcamos los dones que has derramado sobre nosotros...
- Cólmanos del don de la generosidad con nuestra comunidad...
- Concédenos que, fortalecidos por Ti, vivamos tus dones para tu mayor gloria...
- Muévenos a construir la unidad entre nosotros [empleando los diversos dones que hay en nosotros...
- Inspíranos a ser fieles a nuestros dones desarrollándolos constantemente...

Oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración final

Padre amoroso, haz que valoremos los dones que has puesto en nuestras vidas para que demos testimonio de tu amor derramado en nuestros corazones por tu Espíritu. Como María, nuestra Madre, acompañó a los apóstoles de tu Hijo, danos escuchar su voz que nos guía en todas nuestras empresas. Otórganos tu gracia para que caminemos tras los pasos del Padre Claret discerniendo y viviendo los dones del Espíritu Santo y seamos mejores oyentes y servidores de la Palabra. Por Cristo nuestro Señor. Amén

Bendición final

Un himno mariano apropiado.

Día quinto

LA PARTICIPACIÓN. EL MÉTODO: ESCUCHA, PARTICIPACIÓN Y DISCERNIMIENTO

1. Monición de entrada

Hoy se necesita la escucha humilde del pueblo de Dios y la escucha del clamor de los pobres, de las víctimas, de la Tierra. Sus voces resonarán en la oración, el estudio, el intercambio de relatos, testimonios, reflexiones y argumentos de quienes participan en el encuentro sinodal.

La voz del Espíritu le llega a María por inspiración interior, pero también a través de mediaciones: la tradición de su pueblo en relatos, confesiones y ritos, las enseñanzas familiares, las instrucciones en la sinagoga, el diálogo con José, las palabras de Jesús. De estas últimas, unas eran enigmáticas: «¿No sabíais que yo debía estar en las cosas o en la casa de mi Padre?» (Lc 1,49); otras marcaban inicialmente distancia: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?» (Jn 2,4); otras, son de esas que realizan lo que dicen: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). El corazón de la Mujer es un corazón que escucha, que participa con sus preguntas (cf. Lc 1,35; 2,48), que ora unánimemente con los otros corazones (cf. Hch 1,14).

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Oh, Dios, que eres Padre y Madre, agradecemos tu presencia viva, amorosa y continua a nuestro lado. Tú nos hablas en nuestra vida cotidiana a través de diversas personas y acontecimientos. Nos invitas a escucharte con atención para conocer tu voluntad que nos guía. Así nos recuerdas que no estamos solos en nuestro camino sinodal y que nos acompaña el Espíritu Santo. Derrama sobre nosotros tu sabiduría y prudencia para discernir tu llamada a dar testimonio de ti en nuestro mundo. Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

“Al día siguiente, mientras estos caminaban y se acercaban a la ciudad, subió Pedro a la terraza hacia la hora de sexta para orar. Sintió hambre y quería tomar algo. Mientras se lo preparaban, le sobrevino un éxtasis: contemplando el cielo abierto y una especie de recipiente que bajaba, semejante a un gran lienzo, que era descolgado a la tierra sostenido por los cuatro extremos. Estaba lleno de toda especie de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo. Y una voz le dijo: «Levántate, Pedro, mata y come». Pedro replicó: «De ningún modo, Señor, pues nunca comí cosa profana e impura». Y de nuevo por segunda vez le dice una voz: «Lo que Dios ha purificado,

tú no lo consideres profano». Esto sucedió hasta tres veces y luego el receptáculo fue subido al cielo” (Hch 10: 9-16).

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María

Los profetas escuchaban a Dios en los acontecimientos de su vida cotidiana y proclamaban el mensaje que les dirigía. Anunciaban la salvación y denunciaban las realidades injustas de su sociedad. Llamaban al pueblo con una invocación: “Escucha, Israel”. Escuchaban a la sociedad desde una actitud de discernimiento. La voluntad de Dios para ellos era el criterio de discernimiento. Cuando estaban seguros de este aspecto, estaban dispuestos a enfrentarse a los poderes terrenales hasta el punto de afrontar rechazos e intentos de asesinato contra sus vidas e intentos de asesinato. Su discernimiento los llevó a defender la primacía de Dios en sus sociedades. En la atmósfera actual de los medios de comunicación social, nos inundan innumerables mensajes y puntos de vista mezclados con información falsa y proyecciones falsas. Luchamos por descubrir la verdad sepultada por los elementos sociales injustos. Hoy se necesitan personas con discernimiento para saber lo que Dios quiere de nosotros.

María discernía en su corazón. Cuando se la menciona en el Evangelio como la persona que reflexiona y atesora todos los acontecimientos, se convierte ya en un modelo para nuestro discernimiento. Cuando escuchó de boca del ángel Gabriel la llamada divina se sintió profundamente inspirada por Dios y dio su consentimiento definitivo. La situación de necesidad de Isabel y la



respuesta de María retratan su mente en sintonía con la voz de Dios en ella. En las realidades de nuestro mundo, sus mensajes en las apariciones a diferentes personas en diferentes partes del mundo y en diferentes contextos sociales nos llaman a un discernimiento adecuado para responder a la llamada de Dios.

La oración constante del Padre Claret para conocer la voluntad de Dios (Aut 754-755) jugó un papel vital en su proceso de discernimiento a lo largo de su vida. Desde su vida en el seminario siempre estuvo orientado a saber lo que Dios quería de él. En el momento de su crisis, se acercó a sus directores espirituales que le ayudaron a descubrir los caminos del Señor. Cita el papel de los oratorianos de Felipe Neri en el discernimiento de su vocación y en la fundación de nuestra Congregación. De este modo, conocer la voluntad de Dios a través del discernimiento no tiene lugar sólo a través de nuestra manera de pensar o de rezar.

Nuestras reflexiones personales y nuestra actitud orante necesitan del acompañamiento espiritual para ser ayudados en el discernimiento de la voluntad de Dios. Nuestro Directorio dice: “Se recomienda vivamente la dirección o acompañamiento espiritual como medio para discernir la voluntad de Dios y mantenerse fieles hasta el fin (CC 54; 73)” (Dir. 140). Hoy se nos llama a revisar nuestros compromisos personales, comunitarios y pastorales y examinar nuestra transparencia para dejarnos acompañar por personas sabias y maduras en el discernimiento de la voluntad de Dios sobre nosotros.

4. Textos complementarios. “Al ver que Dios Nuestro Señor, sin ningún mérito mío sino y únicamente por su beneplácito, me llamaba para hacer frente al torrente de corrupción y me escogía para curar de sus dolencias al cuerpo medio muerto y corrompido de la sociedad, pensé que me debía dedicar a estudiar y conocer bien las enfermedades de este cuerpo social. En efecto, lo hice, y hallé que todo lo que hay en el mundo es amor a las riquezas, amor a los honores y amor a los goces sensuales. Siempre el género humano ha tenido inclinación a esa triple concupiscencia, pero en el día de hoy, la sed de bienes materiales está secando el corazón y las entrañas de las sociedades modernas” (Aut 357).

“Veo que nos hallamos en un siglo en que no sólo se adora el becerro de oro, como lo hicieron los hebreos, sino que se da culto tan extremado al oro, que se ha derribado de sus sagrados pedestales a las virtudes más generosas. He visto ser ésta una época en que el egoísmo ha hecho olvidar los deberes más sagrados que el hombre tiene con sus prójimos y hermanos, ya que todos somos imágenes de Dios, hijos de Dios, redimidos con la sangre de Jesucristo y destinados para el cielo” (Aut 358).

“Consideré que para hacer frente a este gigante formidable que los mundanos le llaman omnipotente, debía hacerle frente con la santa virtud de la pobreza, y así

como lo conocí, lo puse por obra. Nada tenía, nada quería y todo lo rehusaba. Con el vestido que llevaba y la comida que me daban estaba contento. Con un pañuelo lo llevaba todo. Mi equipaje consistía en un breviario de todo el año, un vademécum en que llevaba los sermones, un par de medias y una camisa para mudarme. Nada más” (Aut 359).

5. Rezamos juntos

Oh, Dios, Padre nuestro, te ofrecemos nuestras oraciones por intercesión de María, que nos acompaña siempre para discernir tu voluntad sobre nosotros.:

Con confianza y seguridad en tu amor, te rogamos, Señor.

- Concédenos tu gracia para escuchar las inspiraciones del Espíritu Santo en todas nuestras empresas...
- Danos apoyo para buscar tu voluntad en nuestra oración y discernimiento comunitario...
- Ayúdanos a mirar lo que nos rodea con tus ojos, a sentirlo con tu corazón y a discernirlo con tu mente...
- Llénanos de sed de silencio y soledad para escucharte...
- Abre nuestros corazones y mentes para tener la claridad en nuestros esfuerzos por los ministerios de tu reino...

Oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración final: Oh, Dios, que eres Padre y Madre, tú eres la fuente de la sabiduría. Danos docilidad de corazón para conocer tu voluntad y ser fieles en nuestro testimonio de vida. En nuestra oscuridad, sé la luz que ilumina nuestras mentes. En nuestra confusión y crisis, sé nuestra compañía. Acreciéntanos la fe en que estás siempre con nosotros para guiarnos y protegernos Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén

Bendición final.

Un himno mariano apropiado.



Día sexto

CELEBRAR JUNTOS: EUCARISTÍA Y SINAXIS ECLESIAL

1. Monición de entrada

En todas las plegarias eucarísticas se hace memoria de la gloriosa siempre virgen María, Madre de Dios; pero no de ella sola, ni de ella aislada y aparte; se mencionan a continuación san José, los apóstoles, los mártires y todos los santos y santas de Dios; ella aparece, sí, en primer lugar, pero dentro de la comunión de los santos y encabezándola. Todos fueron compañeros de camino (sýnodoi) y vivieron con alma de Iglesia; así alcanzaron el término de su peregrinación. El cuerpo de Cristo, que María concibió por obra del Espíritu Santo, se hace presente en la celebración por obra del mismo Espíritu y se ofrece en banquete a los comensales. Es alimento de viadores y prenda de vida futura, pues une a la Asamblea con el Señor viviente que recapitulará todo. Que la memoria de María y de los santos que llegaron a la casa del Padre estimule el deseo del encuentro.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Padre de toda bondad, te damos gracias por el don de la fe en tu presencia real y viva en la Sagrada Eucaristía. Hacerla en recuerdo de nuestro Señor nos fortalece para vivir y trabajar por la realización de tu Reino. Al recordarnos constantemente que es la fuente y la cumbre de nuestra vida cristiana, haz que nos encontremos con tu Hijo en este sacramento, en las oraciones personales y en las experiencias cotidianas de encuentro con nuestros hermanos y hermanas. Que esta presencia viva de Jesús fortalezca a nuestras comunidades llamadas a dar el testimonio de una vida de entrega y sacrificio. Te lo pedimos por Cristo Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén

2. Escuchamos la Palabra de Dios

“Tiene que haber escisiones entre vosotros para que se vea quiénes resisten a la prueba. Así, cuando os reunís en comunidad, eso no es comer la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho. ¿No tenéis casas donde comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la Iglesia de Dios que humilláis a los que no tienen? ¿Qué queréis que os diga?

¿Que os alabe? En esto no os alabo. Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, ¡hasta que vuelva! (1 Cor 11:19-26).

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María

El mandato del Señor de celebrar la Eucaristía en memoria suya comenzó a cumplirse ya en los inicios de la Iglesia. La primera comunidad cristiana se reunía constantemente para escuchar la Palabra y partir el Pan. La Eucaristía era el centro de aquella comunidad que se mantenía unida. La comunidad recordaba en ella la muerte y resurrección del Señor, conservaba su comunión fraterna y compartía los bienes para atender a las necesidades. Era una comunidad testimonial gracias a esta celebración eucarística, que la capacitaba para unificar a sus miembros en un solo cuerpo. Cuando la unidad se puso en peligro, san Pablo tuvo que intervenir en Corinto ante el mal uso de las celebraciones eucarísticas degradadas a mera comida y bebida, creando división entre ellos, ricos y pobres, libres y esclavos (cf. 1Cor 11, 19-26). La Eucaristía exige que examinemos nuestra reverencia y respeto por ella. El recuerdo de la muerte y



resurrección del Señor nos lleva a entender la Eucaristía como un sacrificio. Este aspecto sacrificial contiene el perdón de nuestros pecados, como el Señor declaró en la última cena. En el aspecto de la Eucaristía como banquete estamos llamados a fortalecernos en nuestra comunión fraterna.

El cuerpo de Cristo es el cuerpo del hijo de María. Recordarla en cada celebración eucarística expresa su presencia entre nosotros. Ella ora con nosotros durante la Santa Misa y nos acompaña en nuestro encuentro personal con el Señor eucarístico. Como llevó a Jesús en su seno cuando fue al encuentro de Isabel, nos trae la presencia de Jesús cada vez que nos encontramos con ella.

El Padre Claret vivió la presencia real de la Eucaristía en su vida. Su experiencia mística de llevar al Señor eucarístico en su interior no era un mero sentimiento, sino que era una fuerza que lo obligaba a trabajar por el bien de la comunidad luchando contra los males de la sociedad de su tiempo (cf. Aut 694-695). Nuestros beatos mártires de Barbastro recibieron su fuerza de esta presencia eucarística. Su fervor y devoción por recibirla cuando estaban en trance de muerte los llevó a unirse como hermanos nacidos de Dios (cf. Jn 1,13).

La vida sinodal de nuestras comunidades nos recuerda que “la vida fraterna se significa sobre todo y se realiza plenamente en la Eucaristía, que es signo de unidad y vínculo de caridad” (CC 12). En este contexto siempre es bueno preguntarnos si tomamos la Eucaristía como un elemento devocional de nuestra vida o como una fuerza para combatir nuestras actitudes egocéntricas y luchar contra los males, tal como lo vivió nuestro Padre Fundador.

4. Textos complementarios. “En el día 26 de agosto de 1861, hallándome en oración en la Iglesia del Rosario, en La Granja, a las 7 de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales y tener siempre, día y noche, el Santísimo Sacramento en el pecho; por lo mismo, yo siempre debo estar muy recogido y devoto interiormente; y además debo orar y hacer frente a todos los males de España, como así me lo ha dicho el Señor. Al efecto me ha traído a la memoria una porción de cosas: cómo, sin mérito, sin talento, sin empeño de personas, me ha subido de lo más bajo de la plebe al puesto más encumbrado, al lado de los reyes de la tierra; y ahora al lado del Rey del cielo... Glorificate et portate Deum in corpore vestro. 1Cor 6.20” (Aut 694).

“En el día 27 de agosto de 1861, en la misma Iglesia, durante la bendición del Santísimo Sacramento que di después de la Misa, el Señor me hizo conocer los tres grandes males que amenazan la España, y son: el Protestantismo, mejor dicho, la descatolización; la república y el Comunismo. Para atajar a estos tres males me dio a conocer que se habían de aplicar tres devociones: el Trisagio, el Santísimo Sacramento y el Rosario” (Aut 395).

5. Rezamos juntos

María nos trajo a Jesús, que se hace presente en la Eucaristía.
A Él le decimos:

Con confianza y seguridad en tu amor, te rogamos, Señor.

- Acrecienta nuestra sed, para que corramos en busca de la fuente viva de la Eucaristía como busca la cierva corrientes de agua.
- Haz que nos demos cuenta de que somos un solo cuerpo que comparte el único Pan para crecer en nuestra vida fraterna.
- Ayúdanos a celebrar la Eucaristía y a participar dignamente en el banquete con un corazón convertido.
- Ahonda en nosotros el sentido del sacrificio para ofrecernos por el bien de los demás.
- Condúcenos a la plenitud de la alegría mediante nuestra participación activa en el banquete eucarístico

Oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración final: Dios Padre nuestro, te damos gracias por acompañarnos por medio de la Eucaristía y te pedimos que nos hagas comprender que el sacrificio eucarístico nos lleva a vivir la oblatividad, que el banquete eucarístico nos mueve a profundizar en las relaciones interpersonales y que el perdón de los pecados otorgado por el sacramento nos llena de consuelo. Que la compañía tierna y materna de María, nuestra Madre, nos haga crecer en la vivencia eucarística. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén

Bendición.

Un himno mariano apropiado



1. Monición de entrada

La vida es misión, y la vida de María fue misión. Juan Bautista no era la luz; vino para dar testimonio de la luz. María no era la salvación; vino para concebir y alumbrar al Salvador, para criarlo a sus pechos, para cuidar de él y educarlo en los primeros años de su vida, para acompañarlo. En relatos como la Visitación, Caná y Pentecostés se ha intuido a María entregada a un ejercicio misionero. Para Claret es forjadora de misioneros y es la Mujer que lo lanza como saeta contra el adversario del hombre.

Se la ha llamado primera misionera, primera evangelizadora, icono de la evangelización, madre de la Iglesia misionera, reina de los apóstoles, discípula-misionera. Es la madre del Misionero por esencia: del Enviado por el Padre y del Hijo que conoce y revela al Padre.

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Oh, Dios, que eres Padre y Madre, te damos gracias por la misión del Reino dada por Jesucristo. Nos llamas a ser sus testigos viviendo los valores de su amor por nosotros. Nos llevas a experimentar tu amor y tu compasión y a compartirlos con nuestro prójimo. Todos nosotros, miembros del pueblo de Dios, nos sentimos ungidos para ser misioneros del Evangelio en nuestras diversas culturas, tradiciones y realidades sociales. Haznos apreciar los valores de tu Reino en las culturas de los pueblos y purifica aquellos elementos culturales que impiden el progreso de la dignidad humana. Mantén vivo en nosotros el espíritu misionero del Padre Claret en todas las circunstancias de nuestra vida. Hacemos esta oración. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

“Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,16-20).

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María

Dios envió a sus elegidos para llevar a cabo su misión en la tierra. Los profetas hablaron en su nombre contra las estructuras humanas que se oponían a la misión de Dios. La liberación de los hebreos del injusto sistema de esclavitud fue una misión que Moisés recibió de Dios y que cumplió fielmente. La misión y el mensaje de Dios están siempre del lado de los pobres y rechazados de la sociedad. Dios necesita personas para esta tarea y por eso pregunta: “¿A quién enviaré?” (Is 6,8). Esta misión de Dios nos invita a evaluar nuestros ministerios para estar en el camino correcto de ser pueblo misionero de Dios.

Jesús descubrió que se cumplía en él la profecía de Isaías. «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos» (Is 61,1). Presentaba a su Dios como un Padre que cuida de todos. Siempre estaba en comunión con Él y hablaba y trabajaba a partir de lo que aprendía de Él. Su mirada compasiva hacia los necesitados manifestaba el rostro maternal de su Padre y le llevaba a aliviar los dolores de su pueblo que no tenía pastor que le guiara.

Durante su misión envió discípulos a diferentes pueblos y ciudades para anunciar el Reino de Dios apoyados por sus curaciones y exorcismos. Tras su resurrección, les dio el mandato de predicar el Evangelio a todas las naciones, que lo empezaron a cumplir desde el día de Pentecostés. Este mandato misionero es llevado a cabo por todos los miembros de la Iglesia. Así, la Iglesia es el pueblo misionero de Dios en el que cada miembro evangeliza mediante su respectiva vocación, ya sea laical, religiosa, sacerdotal. Cumplir este mandato misionero sólo es posible cuando experimentamos personalmente la unción del Espíritu que nos aparta para su misión.



Desde que María recibió la llamada de Dios para ser la madre del Salvador, se convirtió en misionera llevando a Jesús a los demás. Proclamó la grandeza de Dios desde su experiencia. Acompañó a Jesús en las bodas de Caná, donde contribuyó a que manifestara su gloria a los discípulos (Jn 2,1-12). Su papel y participación en el primer anuncio de la resurrección del Señor por parte de san Pedro nos lleva a pedir que nos acompañe en nuestra llamada a la vida misionera. Ella es la estrella de la mañana que nos llena de esperanza y nos conduce a la aurora de una vida y horizontes nuevos. El Padre Claret encontró su identidad misionera de flecha puesta en las poderosas manos de María para ser lanzada por ella contra el mal (Auto. 270). El Padre Claret era profundamente consciente de su identidad misionera de enviado de Dios por la causa del evangelio. Experimentó poderosamente la unción del Espíritu para predicar el evangelio a los pobres (Auto. 118) y como Fundador escribe más adelante que esta unción es para todos los miembros de la Congregación (Auto. 687). Siguiendo sus huellas, se nos invita a vivir “la unción del Espíritu Santo, con la que hemos sido ungidos para evangelizar a los pobres, es participación de la plenitud de Cristo... Solo de este modo seremos válidos instrumentos del Señor para anunciar el Reino de los cielos” (Const. 39).

Si bien la propuesta del P. Claret de utilizar todos los medios posibles para el ministerio de la Palabra (Const.6) ofrece mayores posibilidades de libertad en los medios para alcanzar este objetivo, también nos invita a examinar nuestra fidelidad a su carisma misionero. Si todos los medios que empleamos son expresiones de nuestro carisma, debemos preguntarnos qué es en realidad nuestro carisma.

4. Textos complementarios. “¿Quién tiene, la misión de evangelizar? El Concilio Vaticano II ha dado una respuesta clara: “Incumbe a la Iglesia por mandato divino ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio a toda creatura”. Y en otro texto afirma: “La Iglesia entera es misionera, la obra de evangelización es un deber fundamental del pueblo de Dios”.

Cuando la Iglesia anuncia el reino de Dios y lo construye, ella se implanta en el corazón del mundo como signo e instrumento de ese reino que está ya presente y que viene. El Concilio ha recogido, porque son muy significativas, estas palabras de San Agustín sobre la acción misionera de los Doce: “predicando la palabra de verdad, engendraron las Iglesias”. La constatación de que la Iglesia es enviada y tiene el mandato de evangelizar a todo el mundo, debería despertar en nosotros una doble convicción.

Primera: evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial. Cuando el más humilde predicador, catequista o Pastor, en el lugar más apartado, predica el Evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentra solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también

mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, a la actividad evangelizadora de toda la Iglesia. Esto supone que lo haga, no por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre.

Segunda convicción: si cada cual evangeliza en nombre de la Iglesia, que a su vez lo hace en virtud de un mandato del Señor, ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus Pastores.

La Iglesia es toda ella evangelizadora, como hemos subrayado. Esto significa que para el conjunto del mundo y para cada parte del mismo donde ella se encuentra, la Iglesia se siente responsable de la tarea de difundir el Evangelio” (Evangelii nuntiandi, 59. 60).

5. Rezamos juntos

Dios Padre nuestro, te ofrecemos nuestras oraciones por intercesión de María, que nos acompaña siempre en nuestra tarea de pueblo misionero de Dios:

Con confianza y seguridad en tu amor, te rogamos, Señor.

- Infunde en nosotros el espíritu evangelizador para conocerte y darte a conocer...
- Danos tu gracia para llevar a cabo compromisos misioneros impulsados por el amor de Cristo...
- Llena de sabiduría a los líderes mundiales para que gobiernen sus países con los valores del Evangelio...
- Lleva la paz a nuestro mundo afectado por el fundamentalismo religioso...
- Ilumina nuestras mentes para ser misioneros de esperanza y alegría para nuestros hermanos y hermanas....

Oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración final: Padre de toda bondad y amor, haz que nos demos cuenta de que estamos llamados a ser misioneros de tu Reino en la tierra. Esta es la tarea confiada a todo bautizado; por eso, ayúdanos con tu sabiduría y tu luz a realizar juntos nuestra tarea misionera de manera sinodal, con respeto mutuo, encuentro, escucha y participación en la vida de la Iglesia. En medio de las crecientes tendencias de odio y violencia religiosa, llénanos de espíritu renovado para descubrir nuevos métodos de presentar el mensaje de salvación de suerte que se cree una sociedad fraterna donde se comparta tu amor y se respete a cada persona como imagen y semejanza tuya. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Bendición final

Un himno mariano apropiado

Día octavo

INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO EN DIFERENTES CONTEXTOS

1. Monición de entrada

El corazón de María simboliza su misma persona. La han recibido los distintos contextos culturales en que se ha anunciado el evangelio. Su imagen ha variado según la evolución de mentalidades o de sensibilidades (se la llama tipo de la Iglesia, modelo de vida virginal y de vida monástica, omnipotencia suplicante, la Dolorosa, corredentora...); se la ha revestido de títulos (madre, emperatriz, reina, señora...); se han proyectado sobre ella esquemas culturales, sueños y deseos humanos. También aquí hay que discernir, y la Palabra de Dios acogida en Iglesia será el criterio para juzgar estas representaciones. El sentido de la fe del pueblo ha tenido un peso especial en el discernimiento de los dogmas marianos. En vida fue acogida cordialmente en la casa de Zacarías y en la casa-comunidad del discípulo amado. Los hijos de su corazón tenemos la encomienda de propiciar su acogida en los ámbitos y culturas en que estamos evangélicamente presentes

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Oh, Dios, que eres nuestro Padre y nuestra Madre, te damos gracias por la encarnación de tu Hijo Jesús para formar parte de nuestra cultura e historia. Tú enviaste tu Espíritu sobre los apóstoles para que llevaran el Evangelio de la salvación a encarnarse en las diferentes culturas y pueblos. Esta inmersión cultural enriqueció las culturas purificándolas de los elementos contrarios a tu Reino. Haznos sensibles a las diferentes culturas de las personas, apreciándolas y viviendo sus valores. Ayúdanos también a resistir los desafíos planteados por aquellos valores que van en contra de los valores evangélicos. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor, que contigo vive y reine en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz,

sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 1-14)

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María

La encarnación del Hijo de Dios implica su inmersión en la cultura y las tradiciones judías. Se hizo uno con ellos en todos los niveles excepto en el pecado. Su encarnación expresó la solidaridad de Dios con los pobres, marginados y pecadores. Formando parte de esta cultura, Jesús cuestionó las prácticas tradicionales, culturales y religiosas que iban en contra de la voluntad de su Padre. De este modo, luchó por purificarlas y convertirlas en fuente de vida para todos. La encarnación de Dios y la inculturación no son bien recibidas por todos, porque exigen una conversión constante de la falsedad a la verdad, del mal al bien y de la mundanidad a la piedad. Por eso, la inculturación del Evangelio en diferentes culturas también se topa con las reacciones negativas de los poderosos de la sociedad.

La cercanía de Dios a la humanidad se considera una amenaza por su participación en nuestras luchas diarias y una advertencia crítica contra el mal uso de la presencia de Dios. Por eso nos vemos tentados a convertir a Dios en objeto de culto y a aprisionarlo con rituales, tradiciones y normas. Esta imagen de Dios no es un peligro para nuestro modo de vida equivocado. El camino sinodal nos cuestiona si permitimos que el mensaje participe de nuestras culturas y tradiciones. Cuando San Pablo llevó el Evangelio a los



gentiles, se encontró con el desafío de sus tradiciones. Experimentó la imposición de las normas y tradiciones sociales y religiosas judías. La imposición de la circuncisión y la transmisión del mensaje salvífico de Cristo fue la manzana de la discordia en su ministerio evangélico. El concilio de Jerusalén sitúa la importancia de la salvación traída por Jesús por encima de las tradiciones judías (cf. Hch 15). Afirmó con valentía que la ley acarrea muerte (cf. Rom 7,10), pero el Espíritu genera vida (cf. Rom 8,9).

La inculturación del Evangelio nos exige transparencia para apreciar y promover los elementos buenos de cada cultura. El apego excesivo a la propia cultura es un obstáculo para que el Evangelio arraigue en las personas que adoptan esta actitud. “... Cuiden, asimismo, que un amor desordenado a la patria o a la propia cultura no impida la adaptación a las gentes que van a evangelizar...” (CC 49).

María es un ejemplo en este proceso de inculturación del Evangelio. El amor de la gente por ella, independientemente de su raza, color, cultura y religión, la celebra con amor filial. Los diferentes nombres que la gente le ha dado en diversos países según sus tradiciones expresan las formas y posibilidades de inculturación de nuestra fe. Su amor maternal puesto de relieve en sus devociones nos lleva a tomar el camino del amor como un medio importante en este proceso de nuestra evangelización inculturada.

Somos misioneros con el espíritu del Padre Claret cuyo espíritu es para todo el mundo. Con su espíritu universal es posible la inculturación del Evangelio. Amaba a la gente con la que trabajaba. Su solidaridad con los esclavos de su tiempo en Cuba muestra su apertura para acogerlos en su ministerio pastoral. La cultura de la pobreza es uno de los mayores desafíos que plantea la predicación del Evangelio a los pobres.

4. Textos complementarios.

“Para cumplir esta misión, empleen los Misioneros todos los medios que les sean posibles; pero, ante todo, han de fomentar en sí mismos:

– El sentido de intuición para captar lo más urgente, oportuno y eficaz, atendidas las circunstancias de tiempos, lugares y personas, sin anclarse en métodos o instrumentos de apostolado inadecuados;

– el sentido de disponibilidad, de modo que estén dispuestos a renunciar a todo lo que hasta ahora han tenido, con el fin de realizar la misión de propagar la fe, tanto dentro como fuera de las fronteras de la patria, dóciles al Espíritu y obedientes a la misión;

– el sentido de catolicidad para ir a todas las partes del mundo y con espíritu abierto estimar grandemente las costumbres de los pueblos y sus valores culturales y religiosos. La acción misionera debe dirigirse, ante todo, a aquellos que más necesitados están de evangelización o a quienes ya son agentes de la misma evangelización o pueden serlo. De buen grado asociamos en el Señor a nuestras

obras apostólicas a todos y cada uno de los que, impulsados por espíritu misionero, desean colaborar con nosotros (CC 48).

4. Rezamos juntos

Dios Padre nuestro, te ofrecemos nuestras oraciones para que por intercesión de María nos guíes en nuestro proceso de inculturación evangélica:

Con confianza y seguridad en tu amor, te rogamos, Señor

- Aumenta en nosotros la apertura a las diferentes culturas en nuestra tarea de predicar el Evangelio...
- Haz que nos demos cuenta de que nuestro compromiso con el Evangelio sólo tiene más sentido cuando aprendemos los valores de la cultura...
- Concédenos la sensibilidad de escuchar al Espíritu para presentar el Evangelio en las diferentes culturas...
- Fortalécenos para resistir los desafíos de las actitudes cerradas que ponen en peligro el ministerio evangélico en las diferentes culturas...

Oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración conclusiva: Padre del Verbo Encarnado, a través de la encarnación de tu Hijo nos haces comprender la importancia del proceso de inculturación del Evangelio. Nuestra historia nos enseña que no hemos sabido reconocer esa importancia. Danos la gracia de interesarnos por conocer y apreciar otras culturas, tomar la iniciativa de aprender lenguas diferentes y estar abiertos a confrontarnos con la cultura de los pobres para que nuestro compromiso con tu Palabra sea auténtico y significativo para este mundo. Por Cristo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Bendición final

Un himno mariano apropiado.



Día noveno

“PUEBLO DE DIOS, PEREGRINANTE EN LA HISTORIA HACIA LA PATRIA CELESTIAL”

1. Monición de entrada

Terminado el curso de su peregrinación terrena, María fue elevada a la gloria celeste. Lo fue con toda su identidad personal, forjada en su cuerpo de historia, en su humanidad concreta, a través de su fe, de su maternidad, de los afanes y trabajos a que se dedicó en la vida diaria, de los gozos vividos y también de las penalidades sufridas en aquel mundo de relaciones y tensiones en que se vio envuelta, por ella misma o a causa de su Hijo. Es signo de esperanza cierta para el pueblo de Dios todavía en camino; y -podríamos decir- en esa gloria suya todavía le falta algo; solo la verá colmada cuando toda la comunidad de los elegidos haya alcanzado la meta que polariza su marcha. «María es dignidad de la Tierra» (san Agustín); su memoria mueve a dar gloria a Dios y activa el deseo de la vida del mundo futuro

Canto.

Saludo litúrgico.

Oración: Oh, Dios, que eres nuestro Padre y nuestra Madre, te damos gracias por recordarnos con frecuencia que somos peregrinos en la tierra hacia nuestra patria celestial. Nos llamas así a estar en el mundo, sin ser del mundo. Escuchando tu llamada recordamos nuestras tentaciones de fijar la mirada en la mundanidad mientras caminamos tras las huellas del Señor. Danos tu gracia para buscar primero el Reino de Dios y empeñarnos en vivir una vida digna de él. Así seremos fortalecidos en nuestra esperanza de vivir para la alegría y la paz eternas prometidas por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

2. Escuchamos la Palabra de Dios

“Por tanto, si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con Él” (Col 3, 1-4).

Silencio meditativo.

3. Meditamos con María

Durante el diálogo entre Jesús y Nicodemo sobre el nuevo nacimiento, Jesús indica que somos incapaces de creerle cuando nos habla de las cosas terrenas y que a fortiori

lo seremos cuando quiere explicarnos las celestiales (cf. Jn 3,12). En el diálogo con la samaritana se refería al agua viva, pero ella se quedaba en la materialidad del agua del pozo (cf. Jn 4, 13-15); cuando ella habla de sus cultos religiosos, Él trasciende los lugares y prácticas culturales tanto de los judíos como de los samaritanos y da testimonio de que los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y verdad (cf. Jn 4, 23). En la oración que enseñó a sus discípulos, presenta a su Dios como “Padre nuestro que estás en los cielos” y señala que nosotros estamos en esta tierra, pero pertenecemos al lugar donde está Cristo, nuestra patria celestial. Cuando habla de su cuerpo como pan de vida, ellos piensan en el pan como alimento cotidiano (cf. Jn 6, 34-35). Cuando pone el foco de atención en su Padre, los judíos discutían sobre sus propios padres (cf. Jn 8, 18-19). Estos diálogos son ejemplos de cómo nos atrapan las realidades terrenales y nos volvemos incapaces de ir más allá de ellas. Por eso, Jesús afirma claramente: “Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mt 6, 21) y aconseja que acumulemos tesoros en el cielo (cf. Mt 6,19).

María nos guía con su vida de peregrina en la tierra orientada al cielo. En su encuentro con Isabel, guiada por el Espíritu, nos presenta la realidad del reino de Dios, contrario al poder y al orgullo de este mundo. Su Asunción nos dice que somos peregrinos en la tierra con la mirada puesta en el mundo definitivo, donde reinan la verdadera alegría, la paz y la justicia. Las peregrinaciones realizadas por el pueblo a santuarios y basílicas de María desarrollan en nosotros la conciencia de estar orientados hacia Dios sin estar apegados a este mundo. Ella nos invita a crecer en nuestra esperanza en el mundo venidero hacia el que marchamos juntos como Iglesia peregrina.

La itinerancia del Padre Claret tiene un significado simbólico. Su discernimiento para ser evangelizador itinerante nos trae a la memoria que su desplazamiento de un lugar



a otro no era sólo geográfico, sino que era también una peregrinación a la patria celestial. Sus andanzas catalanas al servicio del evangelio tienen a María como punto de llegada, tanto en Francia como en Italia. Escribirá con satisfacción: “He cumplido mi misión”. A continuación, cuenta que espera alcanzar su meta final: unirse a su Maestro. Como evangelizador que se ofreció por la gloria de Dios y la salvación de las almas, eligió el Corazón de María como fuente y medio para la conversión de los pecadores. Como extranjeros y exiliados estamos llamados a alejarnos de los deseos mundanos glorificando a Dios en nuestros cuerpos por nuestra pertenencia a Cristo (cf. CC 43). Los horizontes de nuestra patria celestial están bloqueados por nuestra mundanidad, egoísmo, egocentrismo, actitudes de búsqueda de poder, celebraciones litúrgicas superficiales, etc. Nuestra vida en sinodalidad nos llama a ser conscientes de los peligros de las espiritualidades y motivaciones mundanas y a luchar contra ellas para despejar los caminos de una vida trascendente

4. Textos complementarios. “Esa idea de la eternidad desgraciada, que empecé en mí desde los cinco años con muchísima viveza, y que siempre más la he tenido muy presente, y que, Dios mediante, no se me olvidará jamás, es el resorte y aguijón de mi celo para la salvación de las almas” (Aut 15).

“A este estímulo con el tiempo se añadió otro, que después explicaré, y es el pensar que el pecado no sólo hace condenar a mi prójimo, sino que principalmente es una injuria a Dios, que es mi Padre. ¡Ah! esta idea me parte el corazón de pena y me hace correr como... [un desesperado]. Y me digo: si un pecado es de una malicia infinita, el impedir un pecado es impedir una injuria infinita a mi Dios, a mi buen Padre” (Aut 16).

5. Oramos juntos

Dios Padre nuestro, te ofrecemos nuestras oraciones por intercesión de María, que nos acompaña en nuestra peregrinación hacia la patria celestial:

Con confianza y seguridad en tu amor, te rogamos, Señor.

- Aumenta en nosotros la conciencia de que somos peregrinos, extranjeros y exiliados aquí en la tierra...
- Haznos vivir en el mundo reconociendo todas sus realidades de bondad y de pecado...
- Danos la gracia de buscar el Reino de Dios y su justicia...
- Ayúdanos a superar la mundanidad en nuestra espiritualidad y en la vida diaria como religiosos...
- Danos fuerza para luchar contra nuestro egoísmo, orgullo, mentalidad de poder, etc...

Oraciones espontáneas... Padre Nuestro.

Oración final: Dios amoroso, líbranos de caer en la mundanidad que rechaza la profecía de nuestros hermanos y hermanas, y desacredita a quienes nos cuestionan y señalan nuestros errores. Guíanos con tu presencia para que no nos obsesionemos por las meras apariencias. Ayúdanos a abrir nuestros corazones encerrados en el horizonte limitado de nuestra propia inmanencia e intereses que nos impiden sacar lecciones de nuestros pecados y estar genuinamente abiertos al perdón. Haznos luchar contra esta tremenda corrupción disfrazada de bien. Sálvanos de una mundanidad con adornos espirituales y pastorales superficiales. Cúranos de esta mundanidad asfixiante insuflando en nosotros el aire puro del Espíritu Santo que nos libera del egocentrismo revestido de una religiosidad exterior privada de Dios. No permitas que nos dejemos robar el Evangelio. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén

Bendición final.

Un himno mariano apropiado



Detalle del Inmaculado Corazón de María
en el icono de los Mártires Claretianos.



MISSIONARII **CLARETIANI**
IMMACULATI CORDIS MARIÆ FILII

PREFECTURA GENERAL DE ESPIRITUALIDAD
Y VIDA COMUNITARIA

